

«no dispone así, ¿por qué no resucitar? ¿Por qué no pasar con resignación algunos días más en nuestras chozas? Nuestras tareas no eran tan pesadas cual juzgais, y nuestros sudores tenían sus dulzuras, cuando los enjugaba una tierna esposa, ó los bendecía la Religión.»

Mas ¿á donde nos lleva la descripción de esos sepulcros, berrados ya de la faz de la tierra? Los huesos de los poderosos monarcas han servido de juguete á los niños; San Dionisio está desierto, y objeto de la profanación, crece la yerba en sus derribados altares. En lugar del cántico de la muerte que resonaba en sus bóvedas, solo se escuchan ya las gotas de la lluvia, que penetran por su roto y descubierto techo; la caída de alguna piedra que se desprende de sus ruinosas paredes, ó el sonido de su reloj que recorre pavorosos los sepulcros vacíos, y los devastados subterráneos.

LIBRO TERCERO.

Idea general del clero.

CAPITULO PRIMERO.

De Jesucristo y su vida.

CUANDO el Redentor se hallaba próximo á aparecer sobre la tierra, las naciones esperaban saludar á algun famoso personaje. «Extendíose había en el Oriente, dice Suetonio, una constante y antigua tradición de que nacería un hombre en la Judea, llamado á obtener el imperio universal.» Tácito refiere el mismo hecho casi en las mismas palabras. Segun este historiador, «la mayor parte de los judíos estaban convencidos, por un oráculo contenido en los antiguos libros de sus sacerdotes, de que en aquel tiempo (el reinado de Vespasiano), prevalecería el Oriente y que un hijo de la Judea, reinaria sobre el mundo.»

Hablando Josefo de la ruina de Jerusalén, refiere que los judíos se determinaron principalmente á la revolución contra los romanos, por una oscura profecía que les anunciaba que en aquella época se levantaria un hombre de entre ellos, y dominaria el universo.

En el Nuevo Testamento hay tambien algunos pasajes relativos á esta esperanza, á la sazón difundida por Israel: la multitud que corre al desierto pregunta á San Juan Bautista, si él es el Mesías, el Cristo de Dios, el esperado tanto tiempo; y los discípulos de Emaus quedan llenos de tristeza al reconocer que Juan no era el hombre destinado á rescatar á Israel. Las Setenta Semanas de Daniel, ó los cuatrocientos y noventa años despues de la restauración del templo se habian cumplido ya: en fin, Orígenes, despues de haber referido todas estas tradiciones de los judíos, añade «que gran número de ellos confesaron á Jesucristo como el libertador prometido por los profetas.»

Entretanto, preparaba el cielo los caminos del Hijo del Hombre. Las naciones, tanto tiempo desunidas en costumbres y gobierno, fomentaban enemistades hereditarias; mas, cesa repentinamente el fragor de las armas, y los pueblos, reconciliados ó vencidos, vienen á confundirse con el pueblo romano.

Por un lado, la religión y las costumbres habian llegado á aquel grado de corrupción que producen forzosamente las vicisitudes humanas; por otro, los dogmas de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma empezaban á esparcirse por el mundo. Abriéronse de este modo por todas partes los caminos á la doctrina evangélica, y una lengua universal iba á propagarla.

El imperio romano se componia de naciones, unas salvajes, cultas otras, pero la mayor parte infinitamente desgraciadas: la sencillez de Cristo para las

primeras, sus virtudes morales para las segundas, y para todas su misericordia y su caridad, eran otros tantos medios de salvación de que se valia el cielo; medios tan eficaces que dos siglos despues de Jesucristo, decia ya Tertuliano á los jueces de Roma: «Somos de ayer, y ya llenamos todo, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestros campos, vuestras colonias, vuestras tribus, vuestras decurias, vuestros consejos, el palacio, el senado, el foro: solo os dejamos templos. *Sola relinquimus templa.*»

A la grandeza de los preparativos naturales se unió el esplendor de los milagros; los verdaderos oráculos mudos, largo tiempo habia en Jerusalén, recobraron la voz, y las falsas sibilas enmudecieron. Manifestóse una nueva estrella en el Oriente; descendió Gabriel á María, y un coro de espíritus bienaventurados cantó durante la noche en lo alto de los cielos: *Gloria á Dios, paz á los hombres!* Cunde de improviso el rumor de que ha nacido el Salvador en la Judea; habia nacido, sí, mas no en la púrpura, sino en el humilde asilo de la indigencia; no anunciado á los grandes y á los soberbios, sino revelado por los ángeles á los pequeños y á los sencillos; no congregando en derredor de su cuna á los afortunados del mundo, sino á los desvalidos, y declarándose desde el primer acto de su vida el Dios protector de los miserables.

Detengámonos aquí para hacer una reflexión. Desde el principio de los siglos vemos á los reyes, los héroes y los hombres famosos, convertidos en dioses de las naciones. Mas, hé aquí al hijo de un carpintero, en un rincón de la Judea, mostrándose un modelo de dolor y de miseria; es infamado públicamente en un suplicio; escoge sus discípulos entre las clases más humildes; predica solo el sacrificio, la renuncia de las pompas del mundo, del deleite y del poder; prefiere el esclavo al señor, el pobre al rico, el leproso al sano; todo lo que llora, todo lo que padece, todo lo que se mira abandonado del mundo, y de lo que viven los hombres, es objeto de sus delicias; el poder, la fortuna y la dicha, blanco son de sus amenazas; trastorna las nociones comunes de la moral; establece nuevas relaciones entre los hombres, un nuevo derecho de gentes, y una nueva fe pública. De este modo eleva su divinidad, triunfa de la religión de los Césares, siéntase sobre su trono, y llega á sojuzgar la tierra! Aun cuando la voz del mundo entero se levantara contra Jesucristo; aun cuando todas las luces de la filosofía se reuniesen contra sus dogmas, no se nos persuadiria que una religión fundada sobre tan asombrosa base, sea una religión humana. El que pudo hacer que se adorase una cruz; el que ofreció á los hombres por objeto de su culto la humanidad paciente y la virtud perseguida, no puede menos de ser un Dios.

Jesucristo se muestra entre los hombres lleno de gracia y de verdad: la autoridad y dulzura de su palabra cautivan las almas. Viene para ser el más desgraciado de todos los mortales, y todos sus prodigios son en favor de los miserables. «Sus milagros, dice Bossuet, brillan más por su bondad que por su poder.» Para inculcar sus preceptos, escoge el apólogo ó la parábola, que se graba fácilmente en el espíritu de los pueblos. Da lecciones divinas caminando por los campos; al ver las flores, exhorta á sus discípulos á que esperen en la Providencia que sostiene las débiles plantas, y alimenta á las avecillas; y al mirar los frutos de la tierra, enseña á juzgar al hombre por sus obras. Si se le presenta un niño, recomienda su inocencia; si se halla entre los pastores se da á sí mismo el título de *Pastor de las almas*, y se representa llevando sobre sus hombros la oveja descarriada. En la primavera siéntase en la cumbre de una montaña, y deduce de los objetos que le rodean ingeniosos medios para instruir á la multitud que atónita le rodea; del espectáculo mismo que le ofrecen las pobres

y desgraciadas turbas, saca sus bienaventuranzas: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados; bienaventurados los que hán hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos, etc.* Los que observan sus preceptos y los que los desprecian, son comparados á dos hombres que edifican dos casas, una sobre la dura roca, otra sobre una arena movediza; segun algunos intérpretes, mostraba al expresarse así, un lugarcillo floreciente en lo alto de una colina, y á su pie las cabañas destruidas por una inundación. Cuando pidió el agua á la Samaritana, le pintó su doctrina bajo la hermosa imagen de una fuente de agua viva.

Nunca los mayores enemigos de Jesucristo han osado impugnar su persona. Celso, Juliano y Volusiano, confiesan sus milagros, y Porfirio cuenta que los oráculos mismos de los paganos le llamaban hombre ilustre por su piedad; Tiberio quiso colocarlo en la clase de los dioses. Segun Lampridio, Adriano le habia erigido templos, y Alejandro Severo le reverenciaba á la par de las imágenes de las almas santas, entre Orfeo y Abraham. Plinio exhibió un ilustre testimonio de la inocencia de aquellos primeros cristianos, que seguian de cerca los ejemplos del Redentor. No hay filósofo alguno de la antigüedad, á quien no se acrimine por algun vicio, y los mismos patriarcas incurrieron en flaquezas; solo Jesucristo brilla sin sombra de mancha alguna, y es la más sublime copia de esa hermosura soberana que reside sobre el trono de los cielos. Puro y sagrado como el tabernáculo del Señor, respirando solo amor á Dios y á los hombres, é infinitamente superior, por la elevación de su alma, á la mezuquina gloria del mundo, prosigue á través de los dolores el gran negocio de nuestra redención, obligando á los hombres, merced al ascendiente de sus virtudes, á abrazar su doctrina, y á imitar una vida que no podían menos de admirar.

Su carácter era amable y tierno, su caridad no conocia límites. El Apóstol nos da una exacta idea de ella en dos palabras: *Iba haciendo bien.* Su resignación á la voluntad de Dios resplandecía en todos los momentos de su vida; amaba y conocia la amistad; Lázaro, á quien sacó del sepulcro, era su amigo; su mayor milagro tuvo por objeto el más dulce sentimiento de la vida. Fue tambien un modelo del amor á la patria: «¡Jerusalén! ¡Jerusalén!» exclamaba pensando en el terrible juicio que amenazaba á esta ciudad culpable: he querido juntar á tus hijos, como la gallina junta sus polluelos bajo sus alas, pero has sido rebelde! Dirigiendo sus tristes miradas desde lo alto de una colina sobre esta ciudad, condenada por sus crímenes á una horrible destrucción, no pudo contener sus lágrimas: *¡Vió la ciudad, dice el Apóstol, y lloró!* No fue menos notable su tolerancia, cuando, rogándole sus discípulos hiciera bajar fuego del cielo sobre un pueblo samaritano que le habia negado hospitalidad, respondió con indignación: *¡No sabeis lo que me pedis!*

Si el Hijo del Hombre hubiera bajado del cielo rodeado de toda su virtud y poder, ciertamente hubiérase costado escaso esfuerzo la práctica de tantas virtudes: mas en esto se cifra la gloria del misterio. Jesucristo sentia dolores, su corazón se enternecía como el de un hombre, y nunca se le advirtió señal alguna de cólera, sino contra la dureza del alma y la insensibilidad. Repetia continuamente: *Amaos unos á otros. Padre mio,* exclamaba, ya en poder de los verdugos, *Padre mio, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* Próximo á separarse de sus amados discípulos, prorumpió en llanto; sintió los horrores del sepulcro y las angustias de la cruz; un sudor de sangre corrió por sus divinas mejillas, y lamentó que le hubiese abandonado su Padre. Cuando el ángel le presentó el cáliz, dijo: «¡Oh Padre mio! si es posible, aparta de mí este cáliz; pero si debo beberlo, hágase

tu voluntad! Entonces pronunciaron sus labios estas palabras, que expresan toda la sublimidad del dolor: «¡Triste está mi ánima hasta la muerte!» ¡Ah! si la moral más pura y el corazón más tierno, unidos á una vida consagrada á combatir el error y aliviar los males de los hombres, son los atributos de la divinidad, ¿quién osará negar la de Jesucristo? Modelo de todas las virtudes, la amistad le ve dormido en el seno de Juan, ó encomendando su Madre á este discípulo; la caridad le admira en el juicio de la mujer adúltera; respira la piedad, y bendice las tribulaciones; su inocencia y su candor resplandecen en su amor á los niños; la fortaleza de su alma se muestra superior á los tormentos de la cruz, y su último suspiro es un suspiro de misericordia: ¡aspiración divina en favor de la humanidad!

CAPITULO II.

CLERO SECULAR.

Gerarquía.

DADAS por Jesucristo las postreras instrucciones á sus discípulos, subió al Tabor y remontóse á los cielos. Desde aquel momento subsistió la Iglesia en los Apóstoles, y se estableció á un mismo tiempo entre judíos y gentiles. San Pedro, en solo un sermón, convirtió cinco mil hombres en Jerusalén, y San Pablo recibió su misión para las naciones infieles. De allí á poco el Príncipe de los apóstoles echó los fundamentos del poder eclesiástico. Reinaban todavía los primeros Césares, y confundíase con la multitud, ya al pie de su trono el sacerdote incógnito que debía reemplazarles en el Capitolio. La gerarquía comenzó: Lino sucedió á Pedro, Clemente á Lino; y esta serie de pontífices, herederos de la autoridad apostólica, no interrumpida en el trascurso de más de diez y ocho siglos, nos une á Jesucristo.

Con la dignidad episcopal vemos establecerse desde el principio las otras dos grandes divisiones de la gerarquía: esto es, *el sacerdocio y el diaconado.* San Ignacio exhorta á los habitantes de Magnesia á obrar en conformidad con su obispo, que ocupa el lugar de Jesucristo, con sus sacerdotes que representan á los apóstoles, y con sus diáconos encargados del cuidado de los altares. Pío, Clemente Alejandro, Orígenes y Tertuliano confirman estos grados.

Aunque no se haya hecho mención de los metropolitanos ó arzobispos, antes del concilio de Nicea, este concilio habla de la citada dignidad como de un grado gerárquico establecido muy de antiguo; Atanasio y San Agustín citan metropolitanos anteriores á este concilio. Desde el segundo siglo está calificada Lyon de ciudad metropolitana, y San Ireneo, su obispo, gobernaba toda la Iglesia galicana.

Algunos autores han opinado que los arzobispos son tambien de institución apostólica; y en efecto, Eusebio y San Crisóstomo dicen que Tito, obispo, era cabeza reconocida de los obispos de la isla de Creta.

Las opiniones acerca del origen del patriarcado varían. Baronio de Marca, y Riquerio hacen subir esta dignidad hasta los apóstoles; parece sin embargo que no se estableció en la Iglesia sino en 385, cuatro años despues del concilio general de Constantinopla.

El nombre de cardenal se aplicó al principio indistintamente á los primeros titulares de las iglesias. Como estos cabezas del clero eran regularmente hombres distinguidos por sus virtudes y ciencia, los papas les consultaban los negocios delicados, y llegaron á ser poco á poco el consejo permanente de la Santa Sede, hasta que pasó á ellos el derecho de elegir

pontífices cuando la comunión de los fieles se hizo demasiado numerosa para poder congregarse.

Las mismas causas que dieron origen á los cardenales cerca de los papas, produjeron los canónigos cerca de los obispos; los canónigos eran unos sacerdotes que componían la corte episcopal. Aumentando los negocios de la diócesis, los miembros del sínodo se vieron obligados á distribuirse el trabajo. Los unos se llamaron vicarios, los otros grandes vicarios, etc., según la extensión de sus respectivos cargos. El consejo entero tomó el nombre de *cabildo*, y cada individuo el de *canónigo*, que significa administrador canónico.

Los simples sacerdotes, y aun los legos nombrados por el obispo para la dirección de una comunidad religiosa, dieron origen al orden antiguo de los abades. Mas adelante veremos cuán útiles fueron las abadías á las letras, á la agricultura, y en general á la civilización europea.

Las parroquias se formaron en la época en que se subdividieron los órdenes principales del clero. Siendo ya demasiado vastos los obispados, para que los sacerdotes de la metrópoli pudiesen administrar los socorros espirituales y temporales á los puntos extremos de la diócesis, se erigieron iglesias en los campos. Los ministros destinados á estos templos campestres tomaron el nombre de curas, del latín *cura*, que significa cuidado, fatiga. El nombre no es pomposo, y se debería haberlo excusado, pues tan bien llenaban las condiciones de su cargo.

Además de estas iglesias parroquiales, se construyeron también capillas sobre el sepulcro de los mártires y solitarios. Estos templos particulares se llamaban *martyrium* ó *memoria*; y por una idea aun mas dulce y filosófica, se les llamaba también *cementarios*, de una palabra griega que significa *sueño*.

En fin, los beneficios eclesiásticos seculares debieron su origen á los *ágapes* ó comidas de los primeros cristianos. Cada fiel llevaba algunas limosnas para el sustento del obispo, del sacerdote y del diácono, y para el socorro de los enfermos y extranjeros. Los ricos, los príncipes y ciudades enteras dieron después tierras á la Iglesia, en lugar de aquellas inciertas limosnas. Divididos estos bienes en diferentes porciones, por el consejo de los superiores eclesiásticos, tomaron el nombre de prebendas, canonicatos, encomiendas, beneficios curados, beneficios simples ó claustrales, etc., según los grados gerárquicos del administrador á cuyo cargo se confiaron.

Respecto de los fieles en general, el gremio de cristianos primitivos se distinguía en *creyentes* ó *fieles*, y en *catecúmenos*. El privilegio de los *creyentes* era el ser recibidos á la santa mesa, asistir á todas las oraciones de la Iglesia, y pronunciar la Oración Dominical, que San Agustín llama por esta razón *Oratio fidelium*. Los *catecúmenos* no podían asistir á todas las ceremonias, ni se trataba de los misterios delante de ellos, sino con oscuras parábolas.

El nombre de *lego* se inventó para distinguir al hombre que no pertenecía al cuerpo general del clero. El título de *clérigo* se formó al mismo tiempo, y las palabras *laici* et *κλειρο* se leen en cada página de los antiguos autores. Usábase de la denominación de *eclesiástico*, así para hablar de los cristianos por oposición á los gentiles, como para designar el clero con relación á los fieles; por último, el título de *católico* ó universal, se atribuyó á la Iglesia desde su origen. Eusebio, Clemente Alejandrino y San Ignacio, dan testimonio de esta verdad. Habiendo preguntado el juez, Poleimon al mártir Pionos, de qué Iglesia era, el confesor le respondió: *De la iglesia católica, porque Jesucristo no conoce otra.*

No olvidemos en la explicación de esta gerarquía, que San Gerónimo la compara á la de los ángeles; no olvidemos los medios que enaltecieron la sabiduría y

la fortaleza de la cristiandad; es decir, los concilios y las persecuciones. «Traed á vuestra memoria, dice La Bruyere, aquel grande y primer concilio, en que cada uno de los Padres que lo componían se distinguía por algun miembro mutilado, ó por las cicatrices que revelaban los furores de la persecución, y que parecía les daban derecho á sentarse en aquella asamblea general de toda la Iglesia.»

¡Deplorable espíritu de partido! Voltaire, que en todo manifiesta horror á la sangre, y amor á la humanidad, se esfuerza en persuadir que hubo pocos mártires en la primitiva Iglesia; y como si jamás hubiera leído los historiadores romanos, llega casi hasta negar aquella primera persecución, de que Tácito nos ha hecho tan espantosa pintura. El autor de *Zaira*, que conocía el poder de la desgracia, temió que los ánimos se conmoviesen á la descripción de los sufrimientos de los cristianos, y quiso arrancarles una corona que tanto los recomendaba á los corazones sensibles, y arrebatables hasta el prestigio de sus lágrimas.

Hemos descrito la gerarquía apostólica: unid á ella el clero regular, de que vamos á hablar, y tendreis la Iglesia entera de Jesucristo. No tememos decir que ninguna otra religion presenta tal sistema de beneficios, prevision de fuerza, mansedumbre, y leyes morales y religiosas. Nada hay mas sabiamente ordenado que estos grados, que empezando en el último cantor de la aldea, van elevándose hasta el trono pontificio que sostienen y los corona. De este modo, mediante sus diferentes órdenes, tocaba la Iglesia todas nuestras necesidades: artes, letras, ciencias, legislación, política, institutos literarios, civiles y religiosos, fundaciones filantrópicas, todos estos magníficos beneficios nos procedían de los órdenes superiores de la gerarquía, mientras los pormenores, por decirlo así, de la caridad y de la moral se difundían por medio de los grados inferiores hasta las últimas clases del pueblo. Si antiguamente fue pobre la Iglesia, desde el primero hasta el último escalon, atribúyase esto á que toda la cristiandad era tan indigente como ella. Empero no era justo exigir que el clero subsistiese en la indigencia, cuando la opulencia crecía en su alrededor. Hubiera perdido todo su ascendiente, y ciertas clases de la sociedad, con las que no hubiera podido alternar, se hubiesen sustraído á su autoridad moral. La Cabeza de la Iglesia era príncipe, para poder hablar á los príncipes; los obispos, iguales á los grandes, se atrevían á instruirlos en sus deberes; los sacerdotes seculares y regulares, exentos de ciertas necesidades sociales, se mezclaban con los ricos y reformaban sus costumbres; y en fin, el simple párroco se acercaba al pobre, á quien por su destino debía aliviar con sus beneficios y consolar con su ejemplo.

No es esto decir que el mas indigente sacerdote no pudiese también instruir á los grandes del mundo, é inducirlos á la virtud, mas no podía seguirle en sus costumbres como el clero superior, ni usar el conveniente lenguaje. La misma estimación de que gozaba, emanaba en parte de los órdenes superiores de la Iglesia. Es, por otra parte, necesario que los grandes pueblos tengan un culto grandioso, y altares donde el miserable pueda encontrar los debidos socorros.

Por lo demás, nada hay mas excelente en la historia de las instituciones civiles y religiosas, que todo lo concerniente á la autoridad, obligaciones é investidura del prelado, entre los cristianos. En ellas se descubre la perfecta imagen del pastor de los pueblos, y del ministro de los altares. A ninguna clase de hombres ha honrado mas la humanidad que á los obispos, y en ninguna sería posible hallar mas virtudes, grandeza é ingenio.

El jefe apostólico debía no tener defectos corporales, y ser tan irreprochable como el sacerdote sin mancha descrito por Platon, en sus *Leyes*. Elegido por el pueblo, era tal vez el único magistrado legal que existía

en los tiempos bárbaros; y como esta investidura envolvía una responsabilidad inmensa, así en esta vida como en la otra, estaba lejos de ser solicitada por medio de la intriga. Los Basilio y los Ambrosios huían al desierto, temiendo ser elevados á una dignidad, cuyos deberes intimidaban á sus mismas virtudes.

No solo estaba obligado el obispo á cumplir sus deberes religiosos, esto es, enseñar la moral, administrar los Sacramentos y conferir las Órdenes, sino que aceptaba también el peso de las leyes civiles y de los debates políticos, para apaciguar un príncipe, evitar una guerra, ó defender una ciudad. El obispo de París, en el siglo ix, salvando con su valor esta capital, impidió acaso que la Francia sucumbiese al yugo de los normandos.

«Era tal el convencimiento, dice d'Hericourt, de que la obligación de recibir á los extranjeros era un cargo inherente al episcopado, que San Gregorio quiso, antes de consagrar á Florentino, obispo de Ancona, se expresase si había sido por imposibilidad ó por avaricia el no haber ejercido hasta allí la hospitalidad con los extranjeros.»

Exigiase del obispo que aborreciese el pecado, mas no al pecador; que sostuviese al débil, y abrigara un corazón paternal para con los pobres. Debía no obstante, guardar cierta medida en sus dones, para no fomentar profesiones peligrosas ó inútiles, como los farsantes y cazadores, verdadera ley política, que refrenaba por una parte el vicio dominante de los romanos, y por otra el de los bárbaros.

Si el obispo tenía parientes pobres, le era permitido preferirlos á los extraños, mas no enriquecerlos; «porque, dice el cánon, debe atender en tal caso á su indigencia, mas nunca á los vínculos de la sangre.»

¿Y sería extraño que con tanta virtud los obispos se captasen la veneración popular? Inclínabase la cabeza para recibir su bendición; cantábase á su vista el *Hosanna*; llamábaseles *muy santos* y *muy amados de Dios*, siendo estos títulos tanto mas magníficos, cuanto eran justamente adquiridos.

Civilizadas ya las naciones, los obispos, mas circunscriitos en sus deberes religiosos, gozaron de los bienes que habían hecho á los hombres, y procuraron dispensarles otros nuevos, aplicándose mas particularmente á conservar la moral, á las obras de caridad y á los progresos de las letras. Sus palacios fueron el asilo de la urbanidad y las artes. Llamados por sus soberanos al ministerio público, é investidos con las primeras dignidades de la Iglesia, desplegaron talentos que excitaron la admiración de Europa. Hasta estos últimos tiempos, los obispos de Francia han sido ejemplos de moderación y doctrina; y aunque pudieran alegarse algunas excepciones, sin embargo, mientras los hombres sean sensibles á las impresiones de la virtud, recordarán que mas de sesenta obispos católicos han vagado fugitivos por los pueblos protestantes, y que á pesar de las preocupaciones religiosas, y de las preveniciones que suelen militar contra el desgraciado, se han conciliado la veneración y respeto de aquellos pueblos; recordarán que el discípulo de Lutero y de Calvino han ido á oír predicar en algun oscuro retiro al prelado romano desterrado, el amor á la humanidad y el perdón de las ofensas; recordarán, en fin, que tantos nuevos Ciprianos, perseguidos por su religion, y tantos animosos Crisóstomos se despojaron del título que ocasionaba sus combates y labraba su gloria, á una simple insinuación de la Cabeza de la Iglesia. ¡Dichosos, por haber sabido sacrificar á la paz de su rebaño el brillante mérito de doce años de infortunio y su antigua prosperidad!

En cuanto al clero inferior, no es dudoso que á él se debían esas buenas costumbres que brillaban aun en la multitud, tanto de las ciudades como de los campos. El rústico sin religion es una fiera, sin freno de educación ni de humano respeto: una vida penosa ha

exasperado su carácter, y la propiedad le ha robado la inocencia del salvaje; es tímido, grosero, desconfiado, avaro, y mas que todo ingrato; pero merced á un milagro, este hombre, naturalmente perverso, es benévolo y recto en manos de la Religion. Su pusilanimidad se torna en valor, su inclinación á la cobardía en una fidelidad á toda prueba, su ingratitud en un agradecimiento sin límites, y su desconfianza en una seguridad absoluta. Compárense aquellos aldeanos impíos que profanaban las iglesias, devastaban las propiedades, y quemaban á fuego lento las mujeres, los niños y los sacerdotes, con esos habitantes de la Vendée, que defendían el culto de sus padres, únicos libres cuando toda la Francia se doblegaba al yugo del Terror; compárense, y adviértase la enorme diferencia que la Religion establece entre los hombres.

Hase culpado á los curas de ciertas preocupaciones de estado ó de ignorancia; pero la sencillez del corazón, la santidad de la vida, la pobreza evangélica y la caridad de Jesucristo, les constituían en una de las clases mas respetables de la nación. Viéronse muchos, que mas que hombres parecían espíritus benéficos bajados del cielo, en bien de los desvalidos. ¿Cuántas veces se privaron del sustento para darlo á los necesitados, y se despojaron de sus vestidos para cubrir al desnudo? ¿Y habrá quien se atreva á denostar á estos hombres, por alguna severidad en su opinión? ¿Quién de nuestros soberbios filántropos querría que en el rigor del invierno se le despertase á media noche, para administrar los Sacramentos en lo mas distante de los campos, al moribundo que espira sobre la paja? ¿Quién de nosotros querría sentir continuamente partido de dolor su corazón al aspecto de la miseria, que no puede socorrer, viéndose rodeado de una familia, cuyos demacrados semblantes y hundidos ojos revelan el horror del hambre y de todas las necesidades? ¿Nos sería grato acompañar á los curas de París, ángeles de la humanidad, á la mansion del crimen y del dolor, para consolar al vicio bajo las formas mas repugnantes, y derramar el bálsamo de la esperanza en un corazón desesperado? ¿Accederíamos á separarnos del mundo de los dichosos, para vivir eternamente entre los sufrimientos, no recibiendo al morir por única recompensa á tantos beneficios, sino la ingratitud del pobre y las calumnias del rico?

CAPITULO III.

CLERO REGULAR.

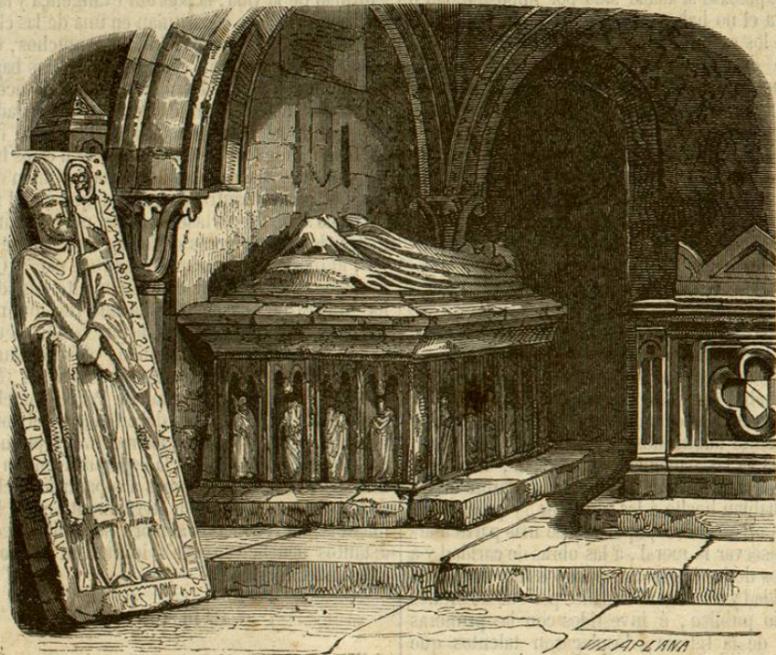
Origen de la vida monástica.

Si es cierto que una cosa es poéticamente hermosa en razón de su antigüedad, es preciso confesar que la vida monástica tiene derecho á nuestra admiración, puesto que se pierde en las primeras edades del mundo. El profeta Elías, huyendo de la corrupción de Israel, se retiró á las orillas del Jordan, donde con algunos discípulos, se sustentaba de yerbas y raíces. Sin necesidad de retroceder mas en la historia, parécenos bastante maravilloso este origen de las órdenes religiosas. ¿Qué no hubieran dicho los poetas de la Grecia, si hubiesen encontrado por fundador de estas sagradas congregaciones, á un hombre arrebatado al cielo en un carro de fuego, y que ha de aparecer de nuevo sobre la tierra, el día de la consumación de los siglos?

Desde Elías, la vida monástica descende, por una herencia admirable, por entre los profetas y San Juan Bautista hasta Jesucristo, que huía frecuentemente del mundo, é iba á orar á las montañas. Los Terapeutas, abrazando poco después la perfección del retiro, ofrecieron cerca del lago de Mæris en Egipto, los primeros modelos de los monasterios cristianos, hasta que en tiempo de San Antonio y San Pacomio

aparecieron aquellos famosos solitarios de la Tebaida, que llenaron el Carmelo y el Líbano de grandes echados de penitencia. Levantóse entonces una voz de gloria y admiración en las mas espantosas soledades; mezcláronse músicas divinas con el ruido de las cascadas y de las corrientes; los serafines visitaron al anacoreta del peñasco, ó arrebataron su alma resplandeciente sobre las nubes; los leones le sirvieron de mensajeros, y los cuervos le llevaron el maná celestial; las ciudades vieron envidiosas caer su reputación antigua, y el desierto cobró alta fama.

Caminando así de maravilla en maravilla, en el establecimiento de la vida religiosa, hallamos otra clase de principio ú origen, que llamaremos *local*, esto es, ciertas fundaciones particulares de órdenes y conventos, no menos curiosas ni poéticas que las prime-



SEPULCROS EN LAS IGLESIAS.

socorro consagra dignamente el sepulcro del valeroso caudillo que defendió al huérfano, y murió por su patria. En las llanuras de Bovines, delante de aquel pequeño templo del Señor, se aprende á menospreciar los arcos triunfales de los Marios y los Césares, y se contempla con entusiasmo el convento que vió al rey de Francia proponer la corona almas digno. Mas, si se anhela otra clase de ideas, una mujer de Albion, sorprendida por un sueño misterioso, cree ver la luna que se inclina hácia ella: nace en breve una hija tan casta y melancólica como la lumbrera de la noche, y que fundando un monasterio, brilla cual astro encantador de la soledad.

Se nos inculparia que intentáramos sorprender el oído con sonidos dulces, si hablásemos de los conventos de *Aqua-Bella*, *Bel-monte*, *Valle-Umbroso* ó de la *Paloma*, así llamado porque su fundador, paloma celestial, vivía en los bosques. La Trapa y el Paracieto conservaban el nombre y la memoria de Cominges y de Eloisa. Preguntad al rústico de la antigua Neustria

ras. Vése á las puertas de Jerusalén un monasterio sobre el solar de la casa de Pilatos; en el monte Siná, el convento de la *Transfiguración*, que señala el lugar formidable en que Jehová dictó sus leyes á los hebreos; y mas allá descuella otro convento sobre la montaña en que Jesucristo desapareció de la tierra.

¡Y qué de cosas admirables nos muestra el Occidente en la fundación de nuestros conventos, monumentos de nuestras antigüedades galas, lugares consagrados por acontecimientos importantes, ó por actos de humanidad! La historia, las pasiones del corazón, y la beneficencia, se disputan el origen de nuestros monasterios. Ved en una garganta de los Pirineos el hospital de Roncesvalles, fundado por Carlomagno en el mismo sitio en que Roldan, flor de los caballeros de Francia, dió fin á sus proezas: un asilo de paz y de

qué monasterio es el que se descubre en la cumbre de la colina, y os responderá que es el priorato de los *dos Amantes*: «un joven noble se enamoró de una doncella, hija del castellano de Malmain, que vino en dársela, á condición de que pudiese llevarla hasta lo alto del monte; aceptó el caballero la propuesta, y cargando con su dama, subió hasta la cumbre de la colina, pero al llegar á ella murió de fatiga; penetrada de dolor la joven, falleció á poco, y entonces los padres les dieron una misma sepultura en aquel lugar, y fundaron en él la abadía que veis.»

Por último, los corazones tiernos hallarán en el origen de nuestros conventos ancho campo á sus estudios, no menos que los anticuarios y los poetas. Veáuse aquellos retiros de la *Caridad*, de los *Peregrinos*, *Agonizantes*, *Hospitalarios*, *Expositos*, etc., y añótense, si es posible, en el largo catálogo de las miserias humanas, una sola enfermedad del alma ó del cuerpo, para la que no haya fundado la Religión un lugar de hospedaje ó de consuelo.

Por lo demás, es constante que las persecuciones de los romanos contribuyeron primero á poblar las soledades; los bárbaros inundaron luego el imperio, y rotos los vínculos sociales, no quedó á los hombres otra esperanza que Dios, ni otro refugio que los desiertos. Formáronse entonces congregaciones de infor-

tunados en los mas inaccesibles lugares. El salvaje poseía las llanuras fértiles que no sabía cultivar, al mismo tiempo que sobre las áridas cimas de los montes habitaba otro mundo, que en aquellas rocas escarpadas había salvado, como de un nuevo diluvio, las reliquias de las artes y de la civilización. Y así



JESUCRISTO.

como las fuentes corren desde los sitios elevados para fertilizar los campos, los primeros anacoretas descendieron poco á poco de sus alturas para llevar á los bárbaros la palabra de Dios, y brindarles las dulzuras de la vida.

Dirase acaso, que no existiendo ya entre nosotros las causas que produjeron la vida monástica, los conven-

tos son hoy unos retiros inútiles. Pero ¿han cesado estas causas? Por ventura, ¿no hay ya huérfanos, ni enfermos, ni caminantes, ni desgraciados? ¡Ah, ¡Pasaron, es verdad, los males de los tiempos bárbaros, pero la sociedad, tan hábil en atormentar los espíritus, y tan ingeniosa en el dolor, ha sabido producir otras mil causas de adversidad, que nos arrastran al

retiro. ¡Cuántas pasiones iludidas, cuántos ocultos sentimientos mal correspondidos, cuántos disgustos amargos nos arrancan todos los días al mundo! Dulce era, por cierto, encontrar en esas casas religiosas un asilo seguro contra los golpes de las tempestades del propio corazón. Una huérfana abandonada de la sociedad, en una edad en que la belleza y la inocencia se ven asediadas por seducciones crueles, sabía á lo menos que allí tenía un asilo donde no sería víctima de la perfidia. ¡Cuán grato era á esta pobre y huérfana oír el tierno nombre de hermana! ¡Cuán numerosa y benévola familia le daba la Religión! Un padre celestial le abría su casa, y la recibía en sus brazos.

Es una filosofía bárbara y una política asaz cruel, obligar al desgraciado á que viva en medio del mundo. ¿A dónde podrá retirarse á gemir sin que sea oído? Los hombres no dudan hacer comunes sus placeres y deleites, pero la adversidad tiene un egoísmo mas noble, pues ocúltase siempre para gozar de sus placeres, que son sus lágrimas. Si hay lugares destinados para la salud del cuerpo, ¿por qué no permitir que los tenga también la Religión para la del alma, sujeta á enfermedades mas dolorosas, largas, y de harto mas difícil curación que las de aquel?

Háse proyectado fundar retiros nacionales para los que lloran. ¡Cierta que estos filósofos conocen á fondo la naturaleza, y pueden gloriarse de profundizar los sentimientos del corazón humano! Quieren confiar la desgracia á la piedad de los hombres, y poner las tribulaciones bajo la protección de los mismos que las causan. Necesaria es una caridad muy superior á la nuestra para aliviar los ocultos dolores del infortunio. Solo Dios es bastante rico para prodigarle los tesoros del consuelo.

Háse también creído hacer un gran servicio á los religiosos y religiosas, precisándoles á abandonar sus retiros; pero ¿cuál ha sido el resultado? Las mujeres que han podido encontrar asilo en los conventos extranjeros, se han refugiado á ellos; otras se han reunido entre sí para formar monasterios en medio del mundo, y no pocas han muerto de pesar; y los monges de la Trapa, tan dignos de compasión, lejos de aprovecharse de los encantos de la libertad y de la vida, han ido á proseguir sus maceraciones á los matorrales de Inglaterra y á los desiertos de Rusia. Debemos creer que no todos hemos nacido igualmente para manejar la azada ó el mosquete, y que hay hombres de una delicadeza particular, formados para el trabajo mental, así como otros lo han sido para el corporal. No dudemos que hay en nuestro corazón mil motivos que nos inclinan á la soledad: unos son llevados á ella por un espíritu propenso á la contemplación; otros, por cierto tímido pudor, gustan de habitar dentro de sí mismos; hay, en fin, almas tan privilegiadas, que buscando en vano en la naturaleza otras almas dignas de su sociedad, se ven al parecer condenadas á una especie de virginidad moral, ó de eterna viudez.

Para estas almas solitarias, había principalmente erigido la Religión sus retiros.

CAPITULO IV.

De las constituciones monásticas.

ENTIÉNDASE bien que no escribimos la historia particular de las órdenes religiosas, sino únicamente su historia moral.

Así, pues, sin hablar de San Antonio, padre de los cenobitas, ni de San Pablo, primer ermitaño, ni de Santa Sinclética, fundadora de los monasterios de monjas; sin detenernos en la órden de San Agustín, que comprende todas las comunidades conocidas bajo el nombre de *Regulares*; ni en la de San Basilio, adoptada por los religiosos y las religiosas del Oriente; ni en la regla San Benito, que reúne la mayor parte de los

monasterios occidentales; ni en la de San Francisco, observada por las órdenes mendicantes, comprendemos todos los institutos religiosos en una pintura general, en que procuraremos describir sus trajes, costumbres, vida activa y contemplativa, y los innumerables servicios prestados por ellos á la sociedad.

Pero ante todo, debemos hacer una observación: esta es, que hay personas que, ó por ignorancia ó por preocupación, desprecian esas constituciones, bajo las cuales ha vivido muchos siglos gran número de cenobitas. Este desprecio es muy filosófico, sobre todo, en un tiempo en que todos se precian de conocer y estudiar á los hombres. El religioso que sin mas auxilio que un cilicio y un saco, llegó á reunir millares de discípulos, no es un hombre vulgar; y sus medios de acción y el espíritu que en sus instituciones domina, bien merecen la pena de ser examinados.

Digno de notarse es que entre todas las reglas monásticas hayan sido siempre las mas rígidas, las mejor observadas. Los cartujos han dado al mundo el único ejemplo de una congregación que ha existido por espacio de setecientos años, sin necesidad alguna de reforma. Esto prueba que cuanto mas combate el legislador las inclinaciones naturales, tanto mas asegura la duración de su obra; no así aquellos que pretenden erigir sociedades, empleando las pasiones como materiales del edificio: estos hombres se asemejan al necio arquitecto que, para construir un palacio, se valiese de una clase de piedra que se pulverizase á la impresión del aire.

Las órdenes religiosas han sido, bajo muchos puntos de vista, unas sectas filosóficas, semejantes á las de los griegos. En los primeros tiempos, los monges eran llamados filósofos, porque usaban del mismo traje é imitaban sus costumbres y aun algunos habían escogido por su única regla el Manual Epitecto. San Basilio fue el primero que estableció los votos de *pobreza, castidad y obediencia*: ley profunda que abarcaba todo el genio de Licurgo.

En la regla de San Benito, se prescriben hasta los pormenores de la vida, como la oración, la cama, el sustento, el paseo, la conversacion, etc. A los débiles se les destinaba á trabajos ligeros, y á mas penosos á los robustos: en una palabra, la mayor parte de estas leyes religiosas revelan un conocimiento increíble en el arte de gobernar los hombres. Platon no hizo sino soñar repúblicas, sin lograr fundar una; pero los agustinos, los benitos y los basilios, han sido verdaderos legisladores y patriarcas de muchos grandes pueblos.

Mucho se ha declamado en estos últimos tiempos contra la perpetuidad de los votos; pero no es difícil hallar en su favor poderosas razones, deducidas de la naturaleza de las cosas, y de las necesidades mismas de nuestra alma.

La causa principal de las desventuras del hombre es su inconstancia, y el abuso de ese libre albedrío, que es á un mismo tiempo su gloria y su mal, y que causará su condenación. Fluctúa siempre de sensación en sensación, de pensamiento en pensamiento; sus amores tienen la misma movilidad que sus opiniones, y estas la misma versatilidad que aquellos. Esta inquietud le abisma en una miseria de que no puede salir sino cuando una fuerza superior le liga á un solo objeto. Entonces se le ve arrastrar con alegría su cadena, porque, aunque infiel, aborrece la infidelidad; así, el artesano es mas dichoso que el desocupado, porque está sujeto á un trabajo imperioso, que le libra de todo estímulo del vano deseo, ó de la inconstancia. La misma sumisión al poder constituye la dicha de los niños; y la ley que prohíbe el divorcio, tiene menos inconvenientes para la paz de las familias, que la que lo autoriza.

Los antiguos legisladores reconocieron la necesidad de imponer al hombre algun yugo: por esta causa las repúblicas de Licurgo y de Minos no eran en realidad

sino una especie de comunidades, donde el hombre se encontraba ligado desde el nacimiento por votos perpetuos. Allí el ciudadano se veía condenado á una existencia uniforme y monótona, y sujeto á reglas enojosas, que se extendían hasta su alimento y descanso; no podía disponer, ni de las horas, ni de las edades de su vida; exigiásele un sacrificio riguroso de sus apetitos; érale preciso amar, pensar, y obrar segun el texto de la ley; en una palabra, se le había despojado de su voluntad para hacerle dichoso.

El voto perpétuo, esto es, la sujeción á una regla inviolable, lejos de sumergirnos en el infortunio, es una disposición favorable para nuestra felicidad, especialmente cuando este voto no tiene otro fin que el de defendernos contra las ilusiones del mundo, como sucedía en las órdenes monásticas. Las pasiones no se sublevaran por lo regular en nuestros corazones hasta la edad de veinte años, y á los cuarenta están ya extinguidas ó desengañadas; de manera, que el juramento indisoluble nos priva cuando mas de algunos años de deseos, para hacernos despues dichosos, y para arrancarnos durante el resto de nuestros días, á los pesares y remordimientos. Además, si se colocan en una balanza los males que producen las pasiones, y los breves instantes de alegría que su satisfacción nos brinda, veremos que el voto perpétuo es, aun en la flor de la juventud, un bien grande y positivo.

Supongamos por otra parte que una religiosa puede salir del claustro á su albedrío. ¿Será por esto mas dichosa? A breves años de retiro encontraría trocada la faz de la sociedad. Si en el espectáculo del mundo, volvemos un instante los ojos, veremos nuevas decoraciones, derruidos los palacios, tristes desiertos y desconocidos actores.

Veríamos incesantemente la locura del mundo introducirse por mero capricho en los conventos, y salirse también de ellos por pueril capricho. Los corazones agitados no subsistirían mucho tiempo cerca de los tranquilos, para participar de su reposo; y estos perderían muy pronto su calma con el comercio de los corazones turbulentos, triste campo de procelosas pasiones. En lugar de devorar en silencio sus pasadas amarguras, al abrigo de los claustros, los desgraciados narraríanse recíprocamente sus naufragios. Mujer del mundo ó de la soledad, la esposa infiel de Jesucristo no sería á propósito para la soledad ni para el mundo: el flujo y reflujo de las pasiones, unos votos alternativamente preferidos y quebrantados, desterrarían de los monasterios toda paz, toda subordinación, todo decoro, y los sagrados retiros; lejos de ofrecer un puerto seguro contra nuestras inquietudes, serían tan solo unos lugares adonde iríamos á llorar por un momento las inconsistencias ajenas, y á meditar por nuestra parte otras, en daño de los demás.

Lo que hace muy superior este voto perpetuo de la Religión al género de voto político dei espartano y del cretense, es que sale de nosotros mismos: nadie nos lo impone y concede al corazón una cumplida compensación por los afectos terrenos que sacrifica. Todo es grande en esta alianza de una alma inmortal con el Principio Eterno, porque con ella se identifican en cierto modo dos naturalezas de índole tan diversa. Es cosa que maravilla ver al hombre libre por su condición, buscar en vano la felicidad en su voluntad propia; y fatigado despues, al no hallar sobre la tierra cosa digna de él, jurarse amar al Señor eternamente, y crearse, como Dios, una Necesidad en su propio juramento.

CAPITULO V.

CUADRO DE LAS COSTUMBRES Y DE LA VIDA RELIGIOSA.

Monges, cophtos, maronitas, etc.

HABLEMOS ahora de la vida religiosa, y establezca-

mos desde luego un principio. Donde quiera reinen mucho misterio, mucha soledad, mucha contemplación, mucho silencio, muchas ideas de Dios, muchas cosas venerables en trajes y costumbres, ha de encontrarse abundante cosecha de bellezas. Si esta observación es exacta, veremos que sin duda alguna se adapta estrictamente al objeto de que tratamos.

Volvamos á los solitarios de la Thebaida: habitaban estos unas celdillas llamadas *lauras*; unos vestían como su fundador Pablo, ropas de hojas de palmera; otros, unos cilicios tejidos de pelo de gacela; algunos, como el solitario Zenon, cubríanse con la piel de las fieras, y el anacoreta Serapion se envolvía en su propia mortaja. Los religiosos maronitas en las soledades del Líbano; los ermitaños nestorianos extendidos á lo largo del Tigris; los de la Abisinia en las cataratas del Nilo y en las costas del mar Rojo, observaban una vida tan extraordinaria como los desiertos en que la ocultaban. El monge copto renuncia al entrar en su monasterio á todos los placeres; consagra su tiempo al trabajo, á los ayunos, á la oración y á la práctica de la hospitalidad; se acuesta en el suelo; duerme pocos instantes; y bajo el hermoso cielo del Egipto, hace resonar su voz nocturna en las ruinas de Thebas y de Memfis. Ora el eco de las Pirámides repite á la sombra de los Faraones los cánticos de este hijo de la familia mística de José; ora canta por la mañana las alabanzas del verdadero Sol en el mismo lugar en que unas estatuas misteriosas suspiraban por la venida de la aurora. Allí busca al europeo extraviado en la investigación de aquellas ruinas famosas; allí, salvándole de la cuadrilla árabe, le sube á su alta torre, y privándole del propio sustento, lo ofrece al desconocido huésped. Los sabios se apresuran á visitar las reliquias del Egipto; mas, ¿por qué no imitan á estos monges cristianos á quienes desprecian, ni van á establecerse en medio de todas las privaciones en aquellos mares de arena para alargar un vaso de agua al caminante, y librarle del alfanje del beduino?

¡Dios de los cristianos! ¡cuán grandes son tus maravillas! A cualquier parte que dirijamos los ojos, se ven los monumentos de tus beneficios. La Religión ha distribuido en las cuatro partes del mundo sus milicias, y colocado sus centinelas en pro de la humanidad. El monge maronita llama con el sonido de dos planchas de metal, suspendidas de la copa de un árbol, al extranjero á quien la noche ha sorprendido en los precipicios del Líbano: aquel pobre é ignorado artista no tiene mas ostentoso instrumento para hacerse oír. El monge abisinio espera al viandante entre los tigres, y el misionero americano vela por su vida en sus inmensos bosques. Si un naufragio os arroja á unas costas desconocidas, veis de improviso una cruz sobre las rocas. ¡Infeliz del caminante á quien esta señal de salvación no haga verter lágrimas! Está en país amigo: ¡allí son cristianos! ¿Qué importa que el naufragio sea francés, y aquellos hombres benéficos, alemanes, españoles ó ingleses? ¡Todos pertenecen á la gran familia de Jesucristo! Ellos le reconocen por hermano; y le convidan por medio de aquella cruz; nunca le han visto, y no obstante le aman, y lloran de gozo al salvarle del desierto.

El viajero de los Alpes no se halla aun á la mitad de su carrera. Acércase la noche: solo y extraviado, da algunos pasos, y se abisma; la nieve descendiendo en densos remolinos al borde de un precipicio; no puede ir adelante, ni osa retroceder. Penétrele pronto el frío, entorpecélese sus miembros, un sueño funesto cierra sus ojos, y consagra sus últimos pensamientos á sus hijos y á su esposa. Pero ¿qué es esto? ¿No hiere sus oídos el sonido de una campana? ¿O es acaso la voz pavorosa de la muerte lo que su aterrada imaginación cree oír en medio de los vientos? No; sonidos reales son, ¡pero inútiles! porque sus yertos pies carecen de acción... Suena otro rumor: ladra un perro sobre las

nieves, se acerca, llega, ladra de alegría: un solitario le sigue.

No bastaba haber expuesto veces mil su vida para salvar á los hombres, y haberse retirado para siempre en el centro de las más espantosas soledades. Era preciso aleccionar á los animales, y convertirlos en instrumentos de esas obras sublimes, inflamándoles, por decirlo así, en la ferviente caridad de sus dueños; sus lamentos en las cumbres de los Alpes, debían hacer repetir á los ecos los milagros de nuestra religión.

Y no se diga que la mera humanidad pueda producir tales portentos; porque, ¿en qué consiste que nada se encuentra parecido á ellos en esa antigüedad, por otra parte tan sensible? Y se habla de la filantropía! Solo la religión cristiana es filántropa por excelencia. Inmensa y sublime es la idea que hace del cristiano de la China un tierno amigo del cristiano de la Francia, y del salvaje neófito un sincero hermano del monge egipcio! Ya no somos extranjeros en la tierra, ni podemos ya extraviarnos en ella. Jesucristo nos ha restituido la herencia que el pecado de Adam nos robó. ¡Cristiano! Ya no hay mares ni desiertos ignorados para tí; en todas partes hallarás el idioma de tus abuelos y la cabaña de tu padre!

CAPITULO VI.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Trapenses, cartujos, monjas de Santa Clara, padres de la Redención, misioneros, Hijos de la Caridad, etc.

TALES SON las costumbres de algunas órdenes religiosas de la vida contemplativa; pero estas cosas no son agradables, sino en cuanto están unidas á la oración y meditación; suprimáse de ellas el nombre y la presencia de Dios, y se destruirá casi enteramente todo lo que tienen de maravillosas.

¿Queréis ahora trasladaros á la Trapa, y contemplar aquellos monges, que vestidos de un saco, abren sus propias sepulturas? Vedles vagar cual una sombra por el extenso bosque de Mortagne, y á orillas de aquel solitario estanque. Observan un silencio profundo, y si hablan á su encuentro, es solo para decirse: *Hermanos, morir habemos*. Estas órdenes rigurosas del Cristianismo eran unas escuelas de moral en acción, y ofrecían en medio de los placeres del siglo, altos modelos de penitencia, y continuos ejemplos de la miseria humana á los ojos del vicio y de la prosperidad.

¿Qué espectáculo el de un monge de la Trapa moribundo! ¡qué sublime filosofía, y qué lección para los hombres! Tendido sobre un poco de paja y ceniza en el santuario de la iglesia, sus hermanos á su alrededor y en profundo silencio, se mueven á la virtud, en tanto que la campana fúnebre anuncia la agonía. Los vivos exhortan al enfermo á dejar animosamente la vida; pero el moribundo habla de la muerte sin inmutarse. Ya á las puertas de la eternidad, debe conocerla mejor que otro alguno, y con una voz que resuena entre los cadáveres y sepulcros, excita con autoridad á sus compañeros, y aun á sus superiores, á la penitencia. ¿Quién no se enternece viéndolo al religioso que vivió tan santamente, dudar aun de su salvación al acercarse el momento terrible? El Cristianismo ha tomado del sepulcro su divina moralidad. Por la muerte alecciona la vida; que si el hombre actual hubiese permanecido inmortal, nunca tal vez, se hubiera conocido la virtud.

Así la Religión ofrece en todas partes las más instructivas é interesantes escenas: allí unos santos mudos practican los trabajos de la siega y la vendimia; aquí las hijas de Clara pisan con blanco y desnudo pié las heladas tumbas de su claustro. No se las crea, sin embargo, desgraciadas en medio de sus austeridades: sus corazones son puros, y sus ojos se

elevan al cielo, en señal de deseo y de esperanza. Una túnica de lana parda es preferible á los suntuosos trajes comprados á costa de la virtud, y el pan de la caridad es más salutar que el de la prostitución. ¿De cuántos pesares no libraba á esas vírgenes el sencillo velo que se interponía entre ellas y el mundo!

Necesario era un talento superior para describir dignamente los objetos que se ofrecen á la consideración. El más cumplido elogio de la vida monástica, sería el catálogo de los trabajos que han sido su objeto. La Religión, abandonando á nuestro corazón el cuidado de nuestras alegrías, solo ha tomado parte, cual una tierna madre, en nuestros dolores; pero en obra tan inmensa como difícil, llamó en su ayuda á todos sus hijos é hijas. Confió á unos el cuidado de nuestras enfermedades, como á esa multitud de religiosos y religiosas destinados al servicio de los hospitales; cometió á otros el de los pobres, como á las Hermanas de la Caridad. El padre de la Redención, que se embarca en Marsella, ¿dónde va solo con su breviario y su báculo? Este conquistador marcha al rascate de la humanidad, y los ejércitos que le siguen son invisibles. Con los recursos materiales de la caridad en la mano, corre á desafiar la peste, el martirio y la esclavitud. Acércase al bey de Argel, y le habla en nombre del Rey celestial, de quien es embajador. Atónito el bárbaro, al ver al extraño europeo, que arrostrando los mares y las tempestades, se atreve á ir solo á reclamarle los cautivos, cede á una fuerza desconocida y acepta el oro que le presenta; y el heroico libertador, satisfecho por haber restituido los infelices á su patria, regresa á pié, obscuro é ignorado á su monasterio.

Vemos por donde quiera el mismo espectáculo: el ministro que parte á la China, encuentra en el puerto á otro que vuelve del Canadá, mutilado y glorioso, la hermana de la Caridad corre á socorrer al indigente en su choza, el capuchino vuela al incendio; el hermano hospitalario lava al caminante los piés; el agonizante consueta al moribundo; el enterrador carga con el cadáver del pobre que ha fallecido; la hermana de la Caridad sube el último piso á prodigar el oro, el vestido, y la esperanza; aquellas hermanas llamadas con tanta razón *hijas de Dios*; traen y llevan de una parte á otra caldos, bilas y medicamentos: la hija del Buen Pastor tiende sus brazos á la prostituta, y le dice: *No he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores!* El huérfano encuentra un padre, el doliente un médico, el ignorante un maestro. Todos estos obreros de obras celestiales se apresuran y estimulan reciprocamente, mientras la Religión con una corona inmortal en la mano les grita: *¡Animo, hijos míos, ánimo!* Daos prisa, sed más veloces que los males en la carrera de la vida! mereced la corona que os preparo, y que os redimirá de todos los males y de todas las necesidades.

En medio de tantas pinturas, cada una de las cuales merece volúmenes de descripciones y elogios, ¿en qué escena detendremos particularmente nuestra consideración? Hemos hablado de los hospitales establecidos por la Religión en los desiertos de las cuatro partes del mundo: examinemos ahora otros objetos.

Hombres hay para quienes el nombre de capuchino es objeto de risa; lo cierto es, no obstante, que un religioso del orden de San Francisco era por lo común un personaje noble y sencillo. ¿Quién de nosotros no ha visto á dos hombres venerables, viajar por los campos hacia el día de los Difuntos al acercarse el invierno, y en tiempo de vendimia? Pidiendo hospedaje por los antiguos castillos, llegaban al anochecer ambos peregrinos á uno de ellos, subían el desgastado escalon, dejaban sus báculos y alforjas detrás de la puerta, llamaban y pedían hospitalidad. Si el dueño se la negaba, estos huéspedes del Señor le hacían una humilde cortesía, se retiraban en silencio, volvían á tomar las alforjas y los báculos, y sacudiendo el polvo

de sus sandalias, iban en las tinieblas de la noche en busca de la cabaña del labrador. Si por el contrario eran recibidos, después de haberles servido agua para lavarse, al uso de los tiempos de Jacob y de Homero, iban á sentarse al hogar. Imitando la costumbre de los antiguos siglos, y á fin de granjearse el favor de los señores, y amando también como Jesucristo á los niños, empezaban por acariciar á los de la casa, y les daban estampas y reliquias. Los niños, que asustados al pronto habían huido, atraídos luego por estas maravillas, se familiarizaban hasta jugar entre las rodillas de los buenos religiosos. Sus padres contemplaban con una sonrisa llena de ternura, tan sencillas escenas, y el admirable contraste de la graciosa juventud de sus hijos, con la respetable ancianidad de sus huéspedes.

La lluvia, y la ráfaga de viento de los muertos, azotaban por fuera las ventanas, las chimeneas y las almenas del gótico castillo, y el mochuelo chillaba sobre el tejado. Cave un ancho hogar se sentaba la familia á la mesa: el convite era cordial, y afectuosos los modales. La hija del señor dirigía tímidas preguntas á sus huéspedes, y estos alababan con gravedad su belleza y modestia. Los buenos religiosos divertían á toda la familia con sus agradables conversaciones; narraban alguna interesante historia, porque habían aprendido cosas notables en sus remotas misiones entre los salvajes de América, ó en los pueblos de la Tartaria. Al mirar la larga barba y el ropaje del antiguo Oriente, y al considerar cómo pedían hospitalidad, renovábase la memoria de aquellos tiempos en que los Tales y los Anacarsis viajaban de esta manera por el Asia y la Grecia.

Terminada la cena, la señora del castillo llamaba á sus sirvientes, y se invitaba á uno de los padres á rezar en común las acostumbradas oraciones; retirábanse luego los religiosos, deseando toda suerte de prosperidades á sus bienhechores. Por la mañana buscábase á los ancianos caminantes, que ya se habían ausentado, no de otro modo que aquellas santas apariciones que visitaban alguna vez al hombre justo en su retirada mansion.

Si ocurría algo funesto, ó algun encargo que los hombres enemigos de las lágrimas se negarian á aceptar, temiendo acibarar sus placeres, cometíase el caso á los hijos del claustro, especialmente á los padres del orden de San Francisco, pues se suponía que unos hombres que se habían consagrado á la miseria, debían ser naturalmente los heraldos de la desgracia. Quién llevaba á la familia la desastrosa noticia de la pérdida de su fortuna; quién comunicaba la del fallecimiento de un hijo único. El gran Bourdaloue cumplió también esta triste obligación: presentábase en silencio á la puerta del padre, cruzaba las manos sobre el pecho, se inclinaba profundamente, y se retiraba en silencio, como la muerte, cuyo intérprete era.

¿Se creará que estas cosas causaban placeres (es decir placeres al estilo del mundo), muy gratos á un descalzo, á un carmelita, ó un franciscano, cuando en medio de las prisiones tenían que ir á anunciar la sentencia al criminal, oírle, consolarle, y sentir días enteros traspasada el alma por las más dolorosas escenas? Háse visto en estos actos piadosos caer hilo á hilo el sudor de la frente de estos compasivos religiosos y mojar su capilla, baciéndola eternamente sagrada, á pesar de los sarcasmos de la filosofía. Y no obstante, ¿qué honor, qué provecholes resultaba de tantos sacrificios, sino la burla de los mundanos, y las injurias de los mismos presos á quienes consolaban? Pero á lo menos, por ingratos que fuesen los hombres, ya habían confesado su impotencia para los grandes contrastes de la vida, abandonándolos á la Religión, único verdadero sosten en el último grado del infortunio. ¡Oh apóstol de Jesucristo! De qué catástrofes no eras testigo, cuando al lado del verdugo no temías

salpicarte con la sangre de los criminales, mostrándote su último amigo! Véase aquí uno de los más sublimes espectáculos de la tierra: á los dos ángulos del cadalso están en pie la justicia humana y la divina. Implacable la una, se apoya sobre una cuchilla, y la desesperación la acompaña; la otra, con un velo empapado en lágrimas, se deja ver entre la piedad y la esperanza: aquella tiene por ministro á un hombre sanguinario, esta á un hombre de paz; la una condena, la otra absuelve. «Inocente ó culpable, dice la primera á la víctima, ¡muere!» La segunda le grita: «¡Hijo de la inocencia ó del arrepentimiento, sube al cielo!»

LIBRO CUARTO.

MISIONES.

CAPITULO PRIMERO.

Idea general de las misiones.

VÉASE otra de aquellas grandes y nuevas ideas peculiares á la religión cristiana. Los cultos idólatras no conocieron el entusiasmo divino que anima al apóstol del Evangelio. Ni aun los antiguos filósofos abandonaron jamás las hermosas alamedas de Academio, ni las delicias de Atenas, movidos de un sublime impulso, para ir á domar la ferocidad del salvaje, instruir al ignorante, sanar al enfermo, vestir al desnudo, y establecer la concordia y la paz entre enemigas naciones. Pues bien: esto es lo que han hecho los religiosos cristianos, y lo que hacen todos los días. No les detienen ni los mares, ni los hielos del polo, ni el fuego del trópico; viven con los esquimales en su odre de piel de vaca marina; se alimentan de aceite de ballena con los de Groenlandia; con el tártaro ó el iroqués, recorren la soledad; cabalgan en el dromedario del árabe, ó siguen al cafre errante por los abrasados desiertos; los chinos, los japoneses y el indio, han llegado á ser sus neófitos; no hay isla ni escollo en el Océano, oculto á su celo; y como en otro tiempo faltaban reinos para la ambición de Alejandro, falta hoy tierra á la caridad de estos fervorosos conquistadores.

Una vez regenerada la Europa, y viendo en ella estos predicadores de la fe una gran familia de hermanos, volvieron los ojos hacia aquellas remotas regiones, donde perecían aun tantas almas en las tinieblas de la idolatría. Movidos á compasión al ver esta degradación del hombre, sintiéronse animados de un deseo inmenso de verter su sangre por la salvación de aquellos pobres extranjeros. Al efecto, era preciso penetrar espesas selvas, atravesar lagunas impracticables, rios peligrosos, é inaccesibles rocas; arrostrar naciones crueles suspicaces y supersticiosas; vencer en unas la ignorancia de la barbarie, y en otras las preocupaciones de la civilización; mas tamaños obstáculos no les detienen. Los que han renunciado á la religión de sus padres confesarán, á lo menos, que si el misionero está firmemente persuadido de que no hay salvación sino en la religión cristiana, el acto por el cual se condena á males inauditos para salvar á un idólatra, es el mayor de cuantos sacrificios pueden llevarse á cabo.

No es de admirar que un hombre, á la vista de todo un pueblo, y á la de sus padres y amigos, se esponga á la muerte por su patria, pues trueca algunos días de vida por siglos de gloria, ilustra su familia y le granjea honores y riquezas. Pero el pobre misionero, cuya vida se consume en el centro de los bosques; que acaba sus días tal vez con espantosa muerte, sin espectadores, sin aplausos, sin ventajas para los suyos; oscuro, despreciado, tenido por loco, necio y fanático, y todo esto por proporcionar una felicidad eterna á un des-